

Introducción

El origen de este libro se encuentra en el proyecto docente que preparé en Harvard en el verano de 1992 para un concurso a una plaza de profesor titular de Filosofía del Lenguaje. En aquellos maravillosos meses de trabajo intenso, facilitado por la magnífica Widener Library y por el apacible aislamiento de la Robbins Library en Emerson Hall, me persuadí de que en la dilucidación filosófica del estatuto del lenguaje se cifra, en cierto sentido, tanto el propio futuro de la filosofía académica como el efectivo progreso en la comprensión de nosotros mismos y de nuestra actividad comunicativa.

Respecto a lo primero, Alasdair MacIntyre ha puesto de relieve en los últimos años que el aprendizaje de la filosofía y de las virtudes intelectuales y sociales que esta reflexión requiere sólo es posible dentro de una tradición de conocimiento. Como contraste, la abigarrada pluriformidad de la discusión filosófica en las últimas décadas puede haber abonado la falsa impresión de una efectiva inconmensurabilidad de las teorías y ha dado pie al anuncio postmoderno de la definitiva disolución de la filosofía en la conversación general de la humanidad. En estas páginas definiendo la adopción de un enfoque pragmatista para la filosofía del

lenguaje que en cierto sentido es tradicional y en cierto sentido novedoso. La tradición en la que se inserta mi reflexión es la corriente analítica que ha estado en el centro de la filosofía angloamericana en este siglo. La novedad estriba en la decidida voluntad de apertura a las diversas ciencias del lenguaje y la comunicación a las que la filosofía aporta su peculiar naturaleza reflexiva. Mi aproximación aspira a una efectiva articulación de los saberes en la búsqueda multidisciplinar de una mejor comprensión de aquella dimensión constitutiva de los seres humanos, considerada siempre la más importante pero que hasta ahora conocemos de modo muy insuficiente. Esa aspiración a la unidad conjuga tanto el respeto a la autonomía de los saberes más especializados, como la convicción acerca de la fundamental capacidad de la razón humana proseguida colectivamente de alcanzar la verdad, aunque sea sólo parcial y provisoriamente.

En última instancia, tanto el reciente resurgimiento del pragmatismo en los Estados Unidos como el progresivo acercamiento de la investigación académica a las industrias del lenguaje, muestran con claridad la insuficiencia del relato cientista dominante en las últimas décadas, así como su paulatina sustitución por una aproximación más global de la multidimensionalidad humana y de la propia complejidad del progreso cognoscitivo. Mi convicción acerca de esta transformación pragmatista de la filosofía analítica es deudora en especial del magisterio del profesor Hilary Putnam, que tan amablemente me acogió por dos veranos como *Visiting Scholar* en el Departamento de Filosofía de Harvard. El propio título de este libro nació probablemente de su *Renewing Philosophy*, cuyo manuscrito en su día me facilitó. Su experta revisión de la evolución histórica del movimiento analítico y su certera crítica del realismo materialista, del cientismo positivista heredero del Círculo de Viena, me sirvió de guía eficaz para adentrarme en la historia de la filosofía analítica.

Pero además de mostrar las causas del fracaso del fundacionalismo, Putnam ha intentado en estos últimos años esbozar las líneas principales de un realismo de rostro humano, de un pluralismo no relativista que reconoce en Charles S. Peirce su fuente original de inspiración. Uno de los atractivos de este modo de hacer filosofía es que aspira a aunar en un campo único de actividad intelectual tanto el rigor lógico como la relevancia humana, que durante décadas constituyeron los rasgos distintivos de dos modos opuestos de concebir la filosofía en el ámbito angloamericano. Como escribiera el novelista Walker Percy, en nuestra cultura el ser humano es una criatura dividida entre biología y gramática. Ni la una ni la otra ofrecen una explicación satisfactoria del ser humano, pero tampoco las dos a la vez, pues se pasa de la biología a la gramática sin explicar ese salto que incluso en términos evolucionistas resulta tan extraordinario. Por eso, pienso que lo que nuestro tiempo necesita es teoría articulada con la vida, esto es, necesita una reflexión filosófica modesta, consciente de sus limitaciones, pero conocedora al mismo tiempo de la formidable riqueza que encierran las diversas tradiciones científicas y de la imprevisible potencia que tiene el trabajo investigador realmente multidisciplinar.

En este sentido, mi agradecimiento se dirige de modo especial al profesor Alejandro Llano por muchos motivos, también por sus sugerencias a la primera versión de este texto, y en particular por su generoso impulso en favor de esa articulación de los saberes de la que él es vivo ejemplo personal. Debo gratitud también a Jorge V. Arregui, Marian Arribas, María Cerezo, Ángel d'Ors, Paloma Pérez-Ilzarbe, Dora Sánchez y Anabel Soler por sus observaciones y comentarios al borrador de este texto, así como a los alumnos de la Sección de Filosofía de Navarra, cuyas preguntas siempre interesantes fueron el resorte de muchas de las páginas de este trabajo y me movieron finalmente a publicarlo.

Aspiraba a que este libro tuviera un estilo sencillo y expositivo, de forma que pudiera ser leído por estudiantes universitarios de filosofía, lingüística, filología y ciencias de la información como una introducción –entre otras posibles– a la filosofía contemporánea del lenguaje. A pesar de haber reescrito muchas de sus páginas en busca de una mayor claridad, el texto que doy a la imprenta sigue siendo deudor de la circunstancia administrativa que motivó su redacción inicial. Atendiendo a esa finalidad introductoria, he limitado la bibliografía al elenco en las páginas finales por orden alfabético de las obras que expresamente cito a lo largo del texto mediante el sistema de autor/año/página. Por último, agradezco gustosamente la generosa ayuda prestada por Adolfo Castaño en la composición del libro y por Juan Marrodán en la preparación del índice onomástico.

Pamplona, 11 julio 1994